

inundada de truenos y rayos, tan aterradora como sublime. Dentro de ella experimentábanse grandes acrecentamientos de vida, ó la súbita extinción de la misma. Yo puedo decirlo; yo puedo dar cuenta de ambas sensaciones, y describir cómo acrecía el movimiento, ó por el contrario, cómo se iban extinguendo los ruidos del cañón, cual ecos que se apagan repetidos de concavidad en concavidad. Yo puedo dar cuenta de cómo todo, absolutamente todo, ciudad, campo enemigo, cielo y tierra, daba vueltas en derredor de nuestra vista, y cómo el propio cuerpo se encontraba de improviso apartado del bullicio y vertiginoso conjunto que allí formaban las almas coléricas, el humo, el fuego y los ojos atentos de D. Mariano Alvarez, que relampagueando entre tantos horrores lo engrandecían todo con su luz. Digo esto, porque yo fui de los que quedaron apartados del conjunto activo. Me sentí arrojado hacia atrás por una fuerza poderosa, y al caer, bañado en sangre, exclamé en voz alta:

«¡Gracias á Dios que me he muerto!»

Un patriota que por no tener arma se contentaba con arrojar piedras, arrancó el fusil de mis manos inertes, y ocupando mi puesto gritó con alegría:

«Acabáramos. ¡Gracias á Dios que tengo fusill!»

XX

Fuí primero hollado y pisoteado, y sobre mi cuerpo algunos patriotas se empinaban para ver mejor hacia afuera; pero pronto me apartaron de allí, y sentí el contacto de suavísimas manos. Parecióme que unos pájaros del cielo bajaban á posarse sobre mi cuerpo dolorido, trayéndole milagroso alivio. Aquellas manos eran las de unas monjas.

Diéronme de beber y me curaron, diciéndose unas á otras:

«El pobrecillo no vivirá.»

Ignoro dónde estaba, y no me es posible apreciar el tiempo que transcurría. Sólo en una ocasión recuerdo haber abierto los ojos adquiriendo la certidumbre de que me rodeaba obscurísima noche. En el cielo había algunas tristes estrellas que fulguraban con blanca luz. Sentía entonces agudísimos dolores; pero todo se extinguió prontamente, y cayendo en profundo sopor, vivía con largas interrupciones de sensibilidad. Otra vez abrí los ojos, y ví que se estaban batiendo. Las monjas acudieron de nuevo á mí, y su asistencia me produjo muy vivo consuelo. Yo no hablaba, no podía hablar; pero un accidente hartamente original me obligó poco después á empeñarme en usar la palabra. Entre la mucha gente que por allí

en distintas direcciones discurría, vi un muchacho en quien hube de reconocer á Badoret.

Badoret llevaba á cuestas el cuerpo de un niño de pocos años, cuyas piernas y brazos colgaban hacia adelante. Así cargaba comunmente á su hermano cuando vivía, y así lo llevaba muerto. Hice un esfuerzo y llamé al muchacho. Este, que se inclinaba á examinar á los que allí en diversos puntos yacían, acercóse á mí y me dijo:

«Andrés, ¿tú también te has muerto?

—¿Por qué llevas á cuestas el cuerpecito de tu hermano?

—¡Ay! Andrés, me mandaron que lo echara al hoyo que hay en la plaza del Vino; pero no quiero enterrarlo, y lo llevo conmigo. El pobre ya no llora ni chilla.

—¿Y tu hermana?

—Hermana Siseta no se mueve, ni habla, ni llora tampoco. La llamamos y no nos responde.»

Iba á preguntarle por Josefina; pero me faltó valor, se me extinguió la facultad de hablar, y nublándose mis ojos, vi desaparecer á Badoret saltando con su lúgubre carga sobre los hombros.

La fiebre traumática se apoderó de mí con gran intensidad, reproduciéndome los hechos que habían precedido á la situación en que me encontraba. Siseta aparecía á mi lado con su hermano en los brazos, y yo le decía: «Prenda mía, ya no podemos ir á sentarnos á la sombra de los olivos que tengo en la Almunia, porque mi conciencia va detrás de mí acu-

sándome sin cesar, y tengo que huir y correr hasta que encuentre un sitio lejano á donde ella no pueda seguirme. No volveré á entrar jamás en tu casa, porque allí junto está, tendido en cruz sobre el suelo, D. Pablo Nomdedeu, á quien maté porque me quería quitar mi azúcar. Yo me voy á donde no me vea gente nacida. Dame tu mano. Adiós.»

Al decir esto, besaba la mano de una señora monja.

Otras veces creía sentir el contacto de un brazo junto al mío, y exclamaba: «¡Ahl es usted, Sr. D. Pablo Nomdedeu. Los dos hemos muerto y nos juntamos en lo que llamábamos allá *la otra vida*; sólo que usted camina hacia el Cielo, y yo voy derecho al Infierno. Aquí donde estamos, entre estas oscuras nubes, ya no hay odios ni resentimientos. Me pesa de haberle matado á usted, y válgame el arrepentimiento. ¿Cómo había de consentir en darle á usted el azúcar? No, Sr. D. Pablo, no lo consentiré jamás. ¿Aún insiste usted en quitármela, cuando, despojado de la vestidura corporal, volamos los dos por esta región donde no hay ruido, ni luz, ni nada? ¿Aún aquí, equivocándonos de caminos, nos encontramos para reñir? Pero no, siga usted adelante y no se detenga á quitarme lo mío. Dios me perdonará mi crimen: yo fui atacado por usted, yo me defendía, y una bestia feroz que se metió dentro de mí, le mató á usted. Fué sin duda aquel infame Napoleón. ¡Oh! ¿Por qué quise apropiarme el aparente cuerpo de tan fiero demonio? Sí, ya te estoy viendo delante de mí...

Allá voy, no me llares más. Vagando por estos espacios donde no hay ruido, ni luz, ni nada, yo creí que no te presentarías delante de mí; pero aquí estás. Cierra esos ojillos negros como cuentas de azabache; no claves en mí tus dientes más blancos que el marfil, ni enrosques esa culebra que llevas por cola. Ya sé que te pertenezco desde que cayó el artesón sobre tí, y tus tramas infernales me pusieron en el caso de matar á aquel santo varón, buen amigo, excelente padre y honrado patriota. Iré contigo al Infierno, que será mi expiación. No vuelvas el horrendo hocico hacia atrás, que ya te sigo. Los arcángeles celestiales me azuzaron como á un perro cuando me acerqué á las puertas del Paraíso, y ahora camino hacia abajo. Adíós, Nomdedeu: ya te veo allá arriba. Brillas como una estrella; pero tu resplandor no ilumina esta obscuridad en que me hallo. El calor de las llamas que despides por la boca, infame Napoleón, me está abrasando; me ahogo en una atmósfera de fuego, y sed espantosa seca mi boca. ¿No hay quien me dé un vaso de agua?»

Un vaso tocó mis labios. Las monjas me daban agua.

Luego tornaba á los mismos delirios, que variaban á cada instante, ora terribles, ora gratos, hasta que un día me reconocí en el uso completo de mis sentidos, y con el entendimiento claro y sin nubes. Ví el cielo encima, en derredor mucha gente y á mi lado un fraile. No se oían cañonazos, y el silencio, con serlo, parecía un ruido indefinible.

«Hijo mío—me dijo el fraile,—¿estás mejor? ¿Te sientes bien? Esa herida del pecho no es mortal. Si hubiera recursos en Gerona y se te alimentara bien, curarías como otros muchos.

—¿Qué ocurre, Padre? ¿Qué día es hoy? ¿A cuántos estamos?

—Hoy es el 9 de Diciembre, y ocurre una inmensa desgracia.

—¿Qué?

—Está enfermo D. Mariano Alvarez, y la ciudad se va á rendir.

—¡Enfermo!—exclamé con sorpresa.—Yo creí que D. Mariano no podía estar enfermo ni morir. Moriremos nosotros; pero él...

—El también morirá. Hoy le ha entrado el delirio y ha traspasado el mando al teniente de Rey D. Juan Bolívar. Desde que Alvarez está en cama, nadie considera posible la defensa. Sólo hay mil hombres disponibles, y aun éstos están también enfermos. A estas horas se celebra junta de jefes para ver si se rinde ó no la plaza en este día. Me temo que se saldrán con la suya los pícaros que quieren la rendición. Es una vergüenza que esto pase. Hay aquí mucha gente que no piensa más que en comer.

—Padre—dije yo,—si hay algo por ahí, démelo, aunque sea un pedazo de madera. No puedo resistir más.»

El fraile me dió no sé qué cosa; pero yo la devoré sin averiguar lo que era. Después hablé así:

«¿Su Paternidad está aquí auxiliando á los

moribundos? Yo, aunque Dios en su infinita misericordia me conserve por ahora la vida, quiero confesar un gran pecado que tengo. Si no me quito de encima este gran peso, no podré vivir. Por ahí creerán que D. Pablo Nomdedeu ha muerto de hambre ó de miedo. No yo debo declarar que le he matado porque me quiso quitar un pedazo de azúcar.

—Hijo mío—repuso el fraile,—ó estás aún delirando, ó confundiste con otro el Sr. Nomdedeu, pues tengo la seguridad de haber visto á éste hoy mismo, si no bueno y sano, al menos con vida. No descansa en lo de curar á diestro y siniestro.

—¡Cómol! ¿Será posible?—exclamé con estupefacción.—¿Vive el Sr. D. Pablo Nomdedeu, ese espejo de los médicos? Padre, tan buena nueva me devuelve por entero la vida. Yo le dejé por muerto en medio del patio. No puedo creer sino que ha resucitado para que su hija no quedase huérfana. Padre, ¿conoce usted á Siseta, la hija del Sr. Cristoful Mongat? ¿Sabe por ventura si vive?

—Hijo, nada puedo decirte de esa muchacha. Sólo sé que la casa donde vivía el señor Mongat y el Sr. Nomdedeu, ha sido destruída por una bomba ayer mismo. Tengo idea de que todos sus habitantes se salvaron, excepto alguno que se ha extraviado, y no se le puede encontrar.

—¡Oh! ¡Si pudiera levantarme y correr allá!—dija.—Pero parece que me han clavado en esta maldita cama. ¿En dónde estoy?

—Esta es la cama en que murió Periquillo

del Roch, asistente del Sr. D. Francisco Satué, que es, como sabes, edecán del Gobernador. Cuando murió Periquillo, te pusimos aquí, y ayer dijo Satué que te tomaría por asistente.

—¿Con que Su Paternidad no me da noticias de la pobre Siseta? El corazón me dice que no ha muerto, y que no soy, por lo tanto, viudo.

—¿Eres casado?

—Con el corazón. Siseta será mi mujer si vive. ¿Y dice Su Paternidad que no ha muerto el Sr. Nomdedeu?

—Así parece, pues se le ve por la ciudad. Verdad es que más bien tiene aspecto de un muerto que anda, que de persona viva.

—¿Será cierto lo que oigo? ¿Y el Sr. D. Pablo se mueve?

—Anda, aunque cojo.

—¿Y abre los ojos?

—Sí: sus ojos parduzcos buscan las piernas rotas en la obscuridad de los escombros.

—¿Y habla?

—Con su voz clueca, que tan buenas cosas sabe decir.

—¿Pero es el mismo, ó un remedo de Don Pablo, una sombra que viene del otro mundo á figurar que pone vendas?

—El mismo, aunque de puro desfigurado apenas se le conoce.

—¡Oh, qué inmensa alegría siento! ¿De modo que ha resucitado?

—No dudes que vive; pero también te aseguro que no doy dos ochavos por lo que le queda de razón.

En todo aquel día no me pude mover, aun-

que notaba de hora en hora bastante mejoría. La curiosidad y el afán me devoraban, anhelando saber la suerte de los míos, y aunque la certidumbre de no ser matador de Nomdedeu había dado gran tranquilidad á mi espíritu, el no saber el paradero de Siseta me entristecía en sumo grado. Sin moverme de allí supe que la plaza estaba á punto de rendirse, y que había ido á tratar con el General francés el español D. Blas de Fournás. Esto tenía muy irritados á los fantasmas que con nombre de hombres discurrían aún arma al brazo por las murallas destruidas, y fué preciso á Fournás, cuando salió de la plaza, ocultar el verdadero motivo de su viaje.

Alvarez, según oí, se agravaba por instantes, y recibió los Sacramentos el mismo día 9; pero aun en tal situación insistía en no rendirse, repitiendo esto con palabras enérgicas, lo mismo dormido que despierto. Muchos patriotas se resistían á creer que fuera cierto lo de la rendición, y la posibilidad de entregarse al extranjero causaba más horror que la muerte y el hambre; verdad es que muchos tenían la loca esperanza de que llegasen socorros.

Por la tarde empezó á susurrarse que al día siguiente entrarían los *cerlos*, y los patriotas acudieron á casa del Gobernador, la cual, casi por completo arruinada, apenas conservaba en pie los aposentos donde el heroico paciente residía, y allí entre las ruinas, metiéndose por los claros de las paredes destruidas, alborotaron largo rato pidiendo á Su

Excelencia que saliese de nuevo á gobernar la plaza.

Dicen que Alvarez en su delirio oyó los populares gritos, é incorporándose dispuso que resistiéramos á todo trance. Enfermos ó heridos los que aún vivíamos, con diez mil cadáveres esparcidos por las calles, alimentándonos de animales inmundos y substancias que repugna nombrar, nuestro más propio jefe debía ser y era un delirante, un insensato, cuyo grande espíritu perturbado aún se sostenía varonil y sublime en las esferas de la fiebre.

Al día siguiente pude dar algunos pasos sin alejarme mucho. De buena gana habría hecho una excursión por la ciudad visitando la casa de Siseta; pero las señoras monjas que tan cariñosamente me cuidaban, impidieronmelo. El capitán D. Francisco Satué llegóse á mí, y me hizo saber que había resuelto tomarme por asistente en reemplazo de Periquillo del Roch, y agradecido yo á su bondad, me tomé la libertad de decirle:

«Mi capitán, ¿sabe usía por dónde anda Siseta? Supongo que usía conoce á Siseta, la hija del Sr. Cristoful Mongat.»

Satué no se dignó contestarme, y volvió la espalda, dejándome solo con mis horrorosas dudas. Yo preguntaba á todos; pero nadie me hablaba sino de la capitulación. ¡Capitular! Parecía imposible tal cosa cuando todavía existía pegado á las esquinas el bando de D. Mariano: «Será pasada inmediatamente por las armas cualquier persona á quien se

oiga la palabra capitulación ú otra equivalente.»

Según oí decir, los franceses habían dado una hora de tiempo para arreglar la capitulación; pero nuestra Junta pedía un armisticio de cuatro días, prometiendo cumplirlo si al cabo de dicho plazo no venía el socorro que desde Noviembre estábamos esperando. El Mariscal Augereau no quiso acceder á esto, y, por último, después de muchas idas y venidas de un campo á otro, firmáronse las condiciones de nuestra rendición á las siete de la noche del 10.

En este convenio, como en todos los que hicieron los franceses en aquella guerra, se pactó lo que luego no había de ser cumplido: respetar á los habitantes, respetar la religión católica y las vidas y haciendas, etc... Todo esto se escribe y se firma sobre un tambor dentro de una tienda de campaña; pero luego las órdenes expedidas desde París por la gran rata, obligan á poner en olvido lo acordado.

«¡Bonito final!—me dijo el Padre Rull, que me había asistido durante el penoso mal.—¡Y que hayamos venido á esto después de haber resistido siete meses! ¿Y todo por qué, amigo Andrés? Porque no se reparten dos pavos por barba al día, y porque alguno se ha visto obligado á mantenerse chupando el jugo de un pedazo de estera. Dioscórides dice que el esparto contiene substancias alimenticias. ¡Oh! Si Alvarez no hubiera caído enfermo; si aquel hombre de bronce pudiera aún levantarse de su lecho, y venir aquí, y alzar el bastón en la mano derecha... Ya sabes, Andrés, que la

guarnición debe salir mañana de la plaza con los honores de la guerra, marchando á Francia prisionera. Creo que os pondrán á tirar del carro de Napoleón cuando salga á paseo... Los *cerdos* se nos meterán aquí mañana á las ocho y media, y parece han acordado no alojarse en las casas, sino en los cuarteles. ¿Lo crees tú? Ya verás cómo no lo cumplen. Me parece que les veo echando á los vecinos á la calle para acomodarse sus señoras en las pocas casas que han dejado en pie. Y ahora te pregunto yo: ¿qué harán de nosotros, los pobres frailes? Amigo, con Gerona se acabó España, y con la salud de Alvarez se acabaron los españoles bravos y dignos. Muchachos, ¡viva D. Mariano Alvarez de Castro, terror de la Francia!»

Durante la noche, los vecinos y los soldados, sabedores ya de las principales cláusulas de la capitulación, inutilizaron las armas ó las arrojaron al río, y al amanecer, los que podían andar, que eran los menos, salieron por la puerta del Areny para depositar en el glacis unas cuantas armas, si tal nombre merecían algunos centenares de herramientas viejas y fusiles despedazados. Los enfermos nos quedamos dentro de la plaza, y tuvimos el disgusto de ver entrar á los señores *cerdos*. Como no nos habían conquistado, sino simplemente sometido por la fuerza del hambre, nosotros les mirábamos de arriba á bajo, pues éramos los verdaderos vencedores, y ellos al modo de impíos carceleros. Si no existiese el goloso cuerpo, y sólo el alma viviera, ¿pasarían estas cosas?

En honor de la verdad, debo decir que los franceses entraron sin orgullo, contemplándonos con cierto respeto; y cuando pasaban junto á los grupos donde había más enfermos, nos ofrecían pan y vino. Muchos se resistieron á comerlo; pero al fin la fuerza instintiva era tal, que aceptamos lo que á las pocas horas de su entrada nos ofrecieron. Durante todo el día estuvieron entrando carros cargados de víveres que, estacionados en las plazas de San Pedro y del Vino, servían de depósito, á donde todo el mundo iba á recoger su parte. ¡Comer! ¡qué novedad tan grande! Sentíamos el regreso del cuerpo que volvía, después de larga ausencia, á ser apoyo del alma. Se admiraba uno de tener claros ojos para ver, piernas para andar y manos con que afianzarse en las paredes para ir de un punto á otro. Los rostros adquirían de nuevo poco á poco la expresión habitual de la fisonomía humana, y se iba extinguiendo el espanto que aun después de la rendición causábamos á los franceses.

Dadme albricias, porque al fin, señores míos, me reconocí con bríos para andar veinte pasos seguidos, aunque apoyándome con la derecha mano en un palo, y con la izquierda en las paredes de las casas. No creáis que el andar por las calles de Gerona en aquellos días era cosa fácil, pues ninguna vía pública estaba libre de hoyos profundísimos, de montones de tierra y piedras, además de los miles de cadáveres insepultos que cubrían el suelo. En muchas partes, los escombros de las casas

destruidas obstruían la angosta calle, y era preciso trepar á gatas por las ruínas, exponiéndose á caer luego en las charcas que formaban las fétidas aguas remansadas. El viaje á través de aquellos montes, lagos y ríos, era tan fatigoso para mí, que á cada poco trecho me sentaba sobre una piedra para tomar aliento. Mas cuando ya no era posible pensar en batirse, y cuando estaba aplacado el terrible ardor de la guerra, producíame indecible espanto la vista de tantos muertos; y al examinar los horrorosos cuadros que se desarrollaban ante mi vista, cerraba á veces los ojos temiendo reconocer en una mano helada, la mano de Siseta; en la punta de un vestido, la punta del vestido de Siseta; en una piedrecita encarnada, las cuentas de coral que adornaban las lindas orejas de Siseta.

XXI

Cuando llegué á la calle de Cort-Real, ví allí casi en total ruína la casa donde se albergaban los míos. Unos vecinos me dijeron que el Sr. Nomdedeu y su hija estaban aposentados en la calle de la Neu; pero que no se sabía dónde habían ido á parar Siseta y sus hermanos. Contristado con tal noticia, fui en busca del doctor, y la primer persona que salió á mi encuentro fué la señora Sumta, encargándome

que no hiciera ruido porque el señor dormía.

«Aquí encontrarás todos los papeles cambiados, Andresillo—me dijo,—porque la señorita Josefina se ha puesto buena, y el amo está tan malo, que se morirá pronto si Dios no lo remedia.»

En esto oímos la voz del doctor, que en aposento cercano sonaba, diciendo:

«Déjele usted entrar, señora Sumta, que estoy despierto. Andrés, amigo querido, ven acá.»

Entré, pues, y D. Pablo, arrojándose de su lecho, me abrazó con cariño, hablándome así:

«¡Qué placer me das, Andrés! ¡Yo creí que habías muerto! ¡Ven acá, valiente joven, y abrázame otra vez! ¿Cómo va esa salud? ¿Y ese estómago? No conviene cargarlo después de tanta privación. ¿Hay apetito?... Te recomiendo mucho la sobriedad. ¿Tienes heridas? Las curaremos... Manda lo que gustes, hijo.»

Yo, muy confundido, le expresé mi gratitud por tanta benevolencia, añadiendo que le consideraba como el más generoso y cristiano de los mortales por pagar con abrazos y cariños los golpes que de mí recibiera.

«Señor—añadí,—yo creí haber muerto al mejor de los hombres, y no podía vivir con el gran peso de mi conciencia. Veo que usted perdona las ofensas y abre sus brazos á los que han intentado matarle.

—Todo está perdonado, y si culpa hubo en tí tratándome como me trataste, mayor fué la mía, que, en mi furor, no reparaba en quitarte

la vida por un pedazo de azúcar. Aquéllas, amigo Andrés, no deben considerarse como acciones libres que constituyen verdadera responsabilidad, y la horrible situación en que ambos nos hallábamos nos disculpa á los ojos de Dios. En tan triste momento, la ley suprema de la propia conservación imperaba sobre todas las leyes; nuestro carácter, el resultado de las facultades ingénitas, ó cultivadas por el trato, y de los hábitos adquiridos, no existía realmente, y el torpe bruto en que estamos metidos, rompía salvaje todos los frenos que se oponían á la satisfacción de sus necesidades. Por mi parte, puedo decirte que no me daba cuenta de lo que hacía. El espectáculo de mi pobre hija me trastornaba el poco sentido que aún me hacía reconocerme como hombre, y delante de mí no había amigos ni semejantes. Estas relaciones se acaban, se extinguen cuando el brutal instinto recobra sus dominios, y si veía un pedazo de pan en boca de otro hombre, parecíame esto un privilegio irritante, que mi egoísmo no podía tolerar. ¡Ay, qué horroroso padecimiento! ¡Qué vergonzoso estado moral, y qué degradación del sér más noble que pisa la tierra! Válgame tan sólo la circunstancia de que nada quería para mí, sino todo para ella. Tengo la seguridad de que á no ser por mi idolatrada hija, yo me hubiera recostado en un rincón de la casa, dejándome morir sin hacer esfuerzo alguno por conservar la vida.

—Y la señorita Josefina ha resistido las privaciones tal vez mejor que nosotros.

—Mucho mejor—añadió Nomdedeu.—Ya me ves á mí que parezco un cadáver. Pues ella, completamente transfigurada, parece haberse apropiado toda la salud que á mí me falta. Esto me tenía contentísimo, Andrés. Pero verás ahora lo que ha pasado. Cuando me dejaste en el patio de la casa del canónigo, tardé mucho en recobrar el uso de los sentidos, á consecuencia del gran golpe y de la mucha extenuación. Por fin, no sé qué manos caritativas me sacaron á la calle, donde recobré completo acuerdo. Mi sensación principal era una gran sorpresa de hallarme con vida. Arrastrémé hasta entrar en casa, y en las habitaciones de Siseta encontré á mi hija. La infeliz casi no me conocía. Iba á perecer de inanición. ¡Dios mío! Quisiera morir, si la muerte borrara de mi memoria el recuerdo de aquellas horas. Yo decía: «Señor, antes de ver tal espectáculo, valiera más que quedara exánime sobre las baldosas de la casa del canónigo.» ¡Ay, amigo Marijuán, no me preguntes nada sobre esto! Sólo te diré que, habiendo salido en busca de alimentos, al regresar, mi hija ya no estaba allí.

—¿Y Siseta?—pregunté con la mayor inquietud.

—Siseta tampoco—repuso Nomdedeu, inmutándose en sumo grado.—Pero ¿á qué me preguntas por Siseta? Yo no sé nada de ella. Déjame seguir. Ninguno de los vecinos supo darme razón del paradero de mi hija, y corrí como un loco por la ciudad buscándola. Felizmente, ni ella ni yo estábamos allí cuando

la casa fué destruída. Pero yo te pregunto: ¿á dónde crearás que había ido mi idolatrada Josefina? Pues nada menos que á la torre Gironella, donde contemplaba el horrible fuego con que se defendió aquel fuerte en sus postrimerías. Te asombrarás de que mi hija fuese á tal sitio. Pues oye. Encontrándose sola en la casa, la horrible necesidad obligóla á salir á la calle, y discurrió largo tiempo por Gerona implorando la caridad pública, pero sin ser atendida por nadie. Mientras mayor era su desamparo, mayores esfuerzos hizo por apearse á la vida, y aquella naturaleza miserable halló en sí misma suficiente energía para sobreponerse á la situación. Parece esto imposible, pero es cierto. Ahora caigo en que á las criaturas de ánimo apocado nada les conviene tanto como encontrarse lanzadas de improviso á un gran peligro sin sostén ni ayuda de mano extraña. Pues bien: Josefina, sola en medio de tantos horrores, huyó por la pendiente que conduce á los fuertes, creyendo más seguros aquellos sitios. La vista de los cadáveres que obstruyen el camino prodújole gran espanto, y mayor aún al ver de cerca la terrible acción que allí se trabara. Cuando quiso retroceder la pobrecita, le fué imposible, y encontróse envuelta en el fuego en el momento de la retirada. ¡Oh, incomprensibles arcanos de la Naturaleza! Si yo hubiera sabido por qué lugares andaba mi enferma, y todo el Protomedicato hubiérame pedido mi dictamen sobre su suerte, habría dicho: «Josefina morirá en el acto de verse próxima á un combate.» Pues no fué

así, Andrés. Según me ha contado ella misma, sintióse con inusitada energía, y sus miembros, desentumecidos como por milagro, adquirieron una agilidad que jamás habían tenido. Sin hallarse libre de miedo, inundaba su alma una generosa y expansiva inquietud, y abundantes lágrimas corrían de sus ojos... Añade que luego volvió dos veces á la ciudad, donde unas señoras, apiadadas de ella, la dieron alimento; que después, sin saber cómo, vióse arrastrada en el tropel de las que iban á llevar pólvora á las murallas; añade que durmió dos noches en campo raso; que la señora Sumta, tomándola por su cuenta, la tuvo más de tres horas en Alemanes, hasta que se retiró de allí la guarnición, y comprenderás si han sido fuertes los cauterios aplicados por el azar al espíritu de esa pobre niña. Ahora, Andrés, me resta decirte que si ella ha adquirido súbitamente bríos y agilidad, yo he perdido radicalmente mi salud, á consecuencia de los intensos padeceres físicos y morales de esta temporada, y aquí donde me ves, no doy dos cuartos por lo que pueda vivir de aquí al domingo que viene. La alegría que me causa el ver cómo se ha regenerado el organismo de aquella que es todo mi amor y mi consuelo, ahoga el sentimiento que podría causarme la propia muerte. Lo que hoy me produce profunda tristeza es el convencimiento adquirido hace poco de que soy un detestable médico. Sí, Andrés: yo creí saber bastante, y ahora resulta que todo lo ignoro, todo, todo. Figúrate que después de adoptar en el tratamiento de

Josefina el sistema de precauciones, de cuidados que me recomendaban en diverso estilo centenares de libros, salimos con la patochada de que el mejor sistema es el opuesto al que yo seguí. ¡Y para esto, Dios mío, ha estudiado uno treinta años! ¡Oh! medicina, medicina, ¡cuán desdeñosa y esquiva eres! ¡Cómo te ocultas al que más te busca, y qué bien guardas tus encantos! Cuando parece más fácil tocarte, más rápidamente desapareces, como sombra que de las ansiosas manos se escapa. ¡Quién me lo había de decir! Yo intentaba curarla con delicadezas, cuidados y dengues, resguardándola hasta del aire por temor á que el aire mismo la hiciera daño, y Dios la ha fortalecido con las crudezas, las molestias, los golpes, los sustos, con el fuego y el frío, con los peligros y las muertes. Yo evitaba en ella las fuertes impresiones que me parecían debieran quebrar su naturaleza, como los martillazos rompen el vidrio, y los fortísimos sacudimientos de la sensibilidad la han repuesto en su primer sér y estado. Curóse como había enfermado, y este misterio y esta novedad pasmosa confunden mi inteligencia. Hasta ahora no sabía que la enfermedad curase la enfermedad, y me muero con mil ideas sobre este oscuro punto... porque yo me muero, Andrés: en eso sí que no se equivocará mi escaso saber.»

Diciendo esto, se tendió de largo á largo en la cama, y á cada rato exhalaba hondísimos suspiros. Yo le hablé así:

«Sr. D. Pablo: usted, aunque ha padecido

bastante, tiene el consuelo de ver á su hija, no sólo con vida, sino con la salud que antes no tenía; pero yo, ni siquiera puedo asegurar que viven mi adorada Siseta y sus dos hermanos.»

El doctor, al oirme, movióse inquietamente en su lecho con síntomas de alteración nerviosa, é incorporándose de improviso, me mostró su cara, desfigurada de un modo notable.

«No me preguntes por Siseta y sus hermanos—dijo con torpe lengua, y haciendo ademán de apartar un objeto que inspira desagrado.—Yo no sé nada de ellos. Andrés, más vale que te marches y me dejes en paz.»

La señora Sumta, que entró á la sazón, puso el dedo en la sien, mirando á su amo con expresión de lástima. Con el gesto y la mirada quería decirme:

«No hagas caso, que el amo ha perdido el juicio.»

Perdiéralo ó no, lo cierto es que me llenaban de inexplicables confusiones sus palabras. Interroguéle de nuevo; pero él, cerrando los ojos y extendiendo brazos y piernas, cual exánime cuerpo, aparentaba no oirme, ó realmente alestargado, no me oía.

Josefina entró en seguida y mostró mucha alegría al verme. Por mi parte, quedéme sorprendido al notar la animación de sus ojos, su color menos pálido que de ordinario, y al observar la agilidad, la gracia y desenvoltura que había adquirido en sus movimientos desde que no nos veíamos. Después de contestar con amables sonrisas á mis cumplidos, que adivinaba

por el movimiento de los labios, me preguntó por Siseta.

«¡Ayl—respondí, expresando con signos mi suprema aflicción.—Siseta... se ha ido, señorita; no sé dónde está.

—Busquémosla,—dijo Josefina con resolución.

—¡Ayl gracias, señorita Josefina... Yo no me puedo tener; pero si usted me acompaña, sacaré fuerzas de flaqueza para recorrer la ciudad.»

En la casa tenían ya comida abundante, que se repartía entre los diferentes vecinos allegadizos que allí se albergaban, y á mí me dieron una buena porción. Cuando salí, enlazando mi brazo con el de Josefina, me sentía tan restablecido, que no necesité buscar apoyo en las paredes ni arrojarme al suelo cada diez minutos para tomar aliento.

XXII

¿Dónde buscaremos á Siseta? ¿Dónde?... ¡Siseta! gritábamos por todos lados, en las ruinas, en la puerta de las casas enteras, en las plazas, en las murallas, en las cortaduras, en los montones de escombros; pero ninguna voz conocida nos respondía. En diversos puntos de la ciudad, los franceses se ocupaban en tapar con tierra los hoyos donde habían sido arro-